

Adonis, Apolo y Dafné y otros amores mitológicos, en camafleos color lila claro; los entrepaños representaban rosas diminutamente esculpidas y pequeñas margaritas, en las cuales, por un refinamiento de lujo, las corolas solamente eran doradas y las hojas plateadas. El bordado de todos los muebles, representaba un ganso de plata, cuyo matiz azul era de lo más dulce que puede encontrarse y maravillosamente a propósito para hacer resaltar la blancura y el brillo de la piel; mil encantadoras curiosidades veíanse sobre la chimenea, las consolas y estanterías; había allí, en fin, un lujo de duquesas, *chaises longues*, y divanes, que mostraba suficientemente que aquel recinto no estaba destinado a ocupaciones muy austeras y que seguramente no se maeeraba allí nadie.

Un hermoso péndulo de piedra colocado sobre pedestal ricamente labrado, veíase enfrente de un espejo, al que enviaba singulares y brillantes reflejos. Estaba parado, cual si hubiera sido una cosa supérflua marcar las horas en un sitio destinado a olvidarias.

Dije a Rosina que aquel refinado lujo me agradaba, que hallaba del mejor gusto haber ocultado el más grande rebuscamiento bajo una apariencia tan simple y que aprobaba completamente que una mujer llevase enaguas bordadas y camisas guarnecidas de encaje con un abrigo de la más modesta tela; era una atención delicada para el amante que ella había tenido o que podía tener, que nunca estaría bastante reconocido y que seguramente valía más encerrar un diamante en una nuez que una nuez en una caja de oro.

Rosina, para probarme que era de mi opinión, recogió un poco su falda y me dejó ver el borde de una enagua ricamente bordada. De mi dependencia el ser admitido en el secreto de las más grandes magnificencias interiores; pero no pedí ver si el esplendor de la camisa respondía al de la enagua: es probable que el lujo no fuera menor. Rosina dejó caer su falda, pesarosa de haberme mostrado antes sus bajos. Esta exhibición, sin embargo, la había servido para dejar ver el nacimiento de la pantorrilla, perfectamente torneada y que inspiraba las mejores ideas ascensionales. Aquella pierna que dirigía hacia adelante para mejor mostrar la enagua, era verdaderamente de una finura y de una gracia milagrosas dentro de la media de seda color gris perla, tan justa y estirada, y de la pequeña zapatilla con tacón forrado de raso que se parecía al zapatito calzado por la Cenicienta. La cumplimenté con toda sinceridad y la dije que no conocía más bonita pierna ni más pequeño pie y que no creía fuese posible tenerlos mejor formados. A lo que ella respondió con una franqueza y una ingenuidad espiritual y encantadora.

—Es cierto.

Después se dirigió a un armario hecho en la misma pared, cogió uno o dos frascos de licor y algunos platos con dulces y pastas, los colocó sobre un veladoreito y fué a sentarse en un confidente bastante estrecho, de manera que para no estar incómoda, tuvo que pasar el brazo por detrás de su talle. Como ella tenía las dos manos libres, y yo no podía servirme más que de la izquierda, me echaba de beber y ponía en mi plato dulces y pastas; a poco, al ver que las cogía con bastante torpeza, me dijo:

—Vamos, déjelo usted; voy a dárselo en el piquito, niño, puesto que no sabe comer solo. Y llevaba a mi boca los dulces, obligándome a tragarlos, más deprisa que lo que yo quería, empujándolos con sus lindos dedos, del mismo modo que se hace con los pájaros cuando hay que darles de comer, lo que la hacía reír mucho. No pude librarme de devolver a aquellos dedos el beso que ella había dado antes a la palma de mis manos. Como para impedirlo, pero en el fondo para proporcionarme ocasión de dar mejor mis besos, me dió en la boca dos o tres veces con el revés de la mano.